

A un mes de su partida

Agradezco profundamente la invitación que se me ha formulado para participar en este justo homenaje a *Ciro Alegría Varona*, colega y amigo a quien recordaremos siempre con afecto y nostalgia.

Para quienes le conocimos, resulta muy difícil enfrentarnos al absurdo de su ausencia. Hijo de un novelista señalado heredó de él su amor y cercanía a las disciplinas de la cultura. Transitó por ese camino superior que une la literatura con la música y, a través de esa forma original, se asentó finalmente en los problemáticos terrenos de la filosofía.

Reconocemos a *Ciro* como una de las voces más apasionadas y singulares en el pensamiento filosófico peruano actual. Además, para quienes lo conocimos personalmente y cultivamos su amistad, su nombre quedará vinculado a la cordialidad en el trato, a la efusividad y la modestia, a un entusiasta sentimiento de complicidad cuando se trataba de discutir ideas filosóficas, proyectos académicos y, en general, todo aquello que remitiera a un mundo más humano, auténtico, y justo.

No puedo evocarlo sin traer a la memoria su hondo temperamento artístico. Nos acercó un compartido amor por la música en la que él fue poseedor de profunda cultura y sensibilidad, que supo exhibir y compartir como ejecutante del violín. En el limitado tiempo que dispongo quisiera señalar dos aspectos de su actividad intelectual en los cuales me cupo la oportunidad de hallarme muy cercano.

Comienzo por lo más reciente: la publicación de su último libro, *Adagios*—trabajo con el cual ganó el premio Copé de Ensayo 2018. Debo decir que se trata de una obra original, de un escrito meditativo que trasunta sólida cultura filosófica y una formación académica complementada con una imaginación audaz y optimista que alimentaba su permanente sonrisa, mostrando así su bonhomía en el trato con los demás. *Adagios*, en efecto, sugiere caminos originales para comprender mejor nuestra sociedad contemporánea, actuar en ella y enfrentar colectivamente—en una situación de reciprocidad responsable—los profundos y angustiosos desafíos de nuestra sociedad en la hora presente. Destaco esto en particular porque, con *Adagios*, *Ciro* nos dejó diversos legados en un solo libro: una contribución valiosa a la tradición del ensayo y también una propuesta de autorreconocimiento ciudadano en aquellas facetas de nuestra vida en común que asoman de modo

problemático para nuestro futuro. Las reflexiones que allí vuelca oscilan con naturalidad e imaginación fecunda, entre lo concreto y lo abstracto, entre lo particular y lo universal. O, para decirlo más claramente, son meditaciones en las que reverbera la toma de conciencia de nuestra difícil condición, al tiempo que ellas se dirigen hacia la consideración de lo universal–humano, tomando como punto de inicio para ello una realidad específica: el aquí y ahora del Perú y del mundo. No abrigo dudas: *Adagios*, que comienza su andadura en nuestra tradición intelectual cuando su autor ha partido tan prematuramente será—ciertamente ya lo es—un libro perdurable, una fuente a la que acudiremos para encontrar en sus páginas, bajo la forma de nuevas preguntas, nuevos desafíos y, sobre todo, una siempre vigente invitación al pensar libre y creador.

De otra parte, he de señalar que, cuando tuve la oportunidad de leerlo y tomar parte en una de sus presentaciones, no me sorprendió encontrar eso que él denominó “una crítica del presente desde una ciencia melancólica”. Y no fui sorprendido porque ya, algunos años atrás, había tenido ocasión de constatar el compromiso de Ciro con uno de los grandes problemas que padecía entonces nuestro ser social. Me refiero a la destacada labor que tuvo en las investigaciones de la Comisión de la Verdad y Reconciliación y, dentro de ella, acompañando una clara opción de lo que es justo, su acertado trabajo de investigación y reflexión sobre el papel que cumplieron las fuerzas armadas en el trágico conflicto que sufrió nuestro país a fines del siglo pasado.

Hacer un balance del desempeño de las fuerzas armadas era, y sigue siendo tarea delicada, por razones que no es necesario exponer aquí y ahora. Sólo quisiera hacer notar que si el informe final de la CVR pudo presentar un recuento honesto y riguroso de esa materia, así como una interpretación y evaluación de ese periodo que no han sido refutadas seriamente, ello se debió en gran medida a la contribución de Ciro, quien aportó a los trabajos en ese campo una magnífica capacidad en el manejo de la información y, más importante aún, la virtud de interpretar esa información con una mirada anclada en los distintos sentidos del concepto de Justicia y, con ella, otros valores humanistas que no menoscababan en absoluto una comprensión técnica de lo que fue la actividad contrasubversiva del Estado en aquellos penosos años.

Con el fallecimiento tan temprano de Ciro Alegría Varona, la Pontificia Universidad Católica del Perú ha sufrido una enorme pérdida. Hemos perdido a un amigo, un colega, un maestro. También hemos perdido a un pensador que amaba a ese Perú que, de manera tan descarnada, había retratado su padre. Sobre todo, hemos perdido a un hombre bueno, que destacaba por su hondo respeto por las

demás personas y la consideración del actuar justo como práctica necesaria de nuestro estar-en-el-mundo.

En un país desorientado no solo por la enfermedad sino por la proliferación de la mentira y el cinismo, la muerte de Ciro nos ha dejado sin una voz sensata y reflexiva. No es común entre nosotros la voz meditada. Son más populares los charlatanes y gritones que han logrado imponer mediante su prédica que ser intelectual no es una virtud sino un estigma, que pensar en el bien común y en la solidaridad son adoctrinamientos, que el egoísmo y la altanería ya no son vicios sino las maneras apropiadas de imponerse a los demás.

La memoria que atesoramos de Ciro Alegría Varona refleja una lección que extraemos de su vida: que el verdadero bien se encuentra en la búsqueda de la reciprocidad solidaria, que el silencio meditativo vale muchísimo más que el ruido, y que la soledad del filósofo no es extravagancia sino su manera de vincularse fuertemente con el entorno y de comprometerse con transformar la Realidad para que, dentro de ella, Hombre y Mundo crezcan en armonía y se acerquen cada vez más a un horizonte más pleno.

Debo terminar. Lo hago reiterando que cuando nos referimos a Ciro, nuestro amigo, hablamos, en suma, de un intelectual cabal, de un pensador que se movió con libertad y pasión en el mundo de las ideas, pero que supo siempre que el cultivo de ellas, aún el de las más abstractas y complejas, era siempre un esfuerzo orientado a enriquecer nuestros pensamientos y nuestras acciones. Así queda Ciro en nuestro recuerdo: como un colega y amigo, sabio y bondadoso—como un maestro de humanidad.

Salomón Lerner Febres